



GREG
BEAR

LA CIUDAD AL
FINAL DEL TIEMPO

Un billón de años en el futuro, el Kalpa es la ciudad al final del tiempo, el único reducto de una realidad menguante ante el feroz empuje del caos que representa el Tifón. Allí, el Bibliotecario y sus «angelines» manejan un tiempo dilatado pero finito en su intento de salvar la realidad. Gracias a unas misteriosas piedras «sumadoras» que actúan como talismanes y establecen extrañas conexiones, dos personajes del Kalpa, Jebrassy y Tiadba, entran en contacto con unos desarraigados habitantes de la actual Seattle. Sin siquiera imaginarlo, los incomprendidos y soñadores Ginny, Jack y Daniel tal vez están llamados a ser los salvadores de un futuro distante y condenado.

Una novela sorprendente con un nivel de especulación sumamente original. Un trabajo desafiante e imaginativo como sólo puede ofrecer la mejor ciencia ficción.

Para Richard Curtis:
en celebración de treinta años

PRESENTACIÓN

A estas alturas, los lectores asiduos a NOVA no han de extrañarse si mantengo que Greg Bear es uno de mis autores favoritos, uno de los más representativos e interesantes de la moderna ciencia ficción. Ésta que ahora presentamos es la enésima de sus novelas aparecidas en NOVA, tras la publicación de QUANTICO (2005) en La Trama, otra de las buenas colecciones de Ediciones B.

Les informo ya de que QUANTICO tendrá su continuación en una nueva novela (MARIPOSA, cuya aparición en Estados Unidos está prevista para noviembre de 2010). En este caso, se trata de thrillers biotecnológicos de gran éxito popular y de crítica, centrados (al menos el primero) en torno al terrorismo, la droga y los virus. El título de la novela hace referencia a la base de los Marines en Virginia (EE UU), sede la academia del FBI, y, lógicamente, los protagonistas de la novela eran tres agentes de esta agencia.

Los thrillers de Greg Bear me gustan, entretienen y divierten, pero me gusta aún más su capacidad especulativa y su inventiva a la hora de plantear, al estilo de la mejor ciencia ficción de todos los tiempos, nuevas y sugerentes variaciones de lo que ha sido, es y puede ser. Ésa es la gran riqueza de la buena ciencia ficción a la que tanto se acercan ya algunos de esos thrillers tecnocientíficos que hoy proliferan. Sólo en autores entrenados y capaces como Greg Bear, esos tecnothrillers ofrecen, además de la emoción y la acción inevitables, una sugerente y profunda carga de ideas que promueve la reflexión del lector.

Y con esto llego a la que me parece una pregunta central: ¿qué hay en la obra de Greg Bear que despierte mi interés (y, espero, el de los lectores de NOVA)?

Para mí se trata de una narrativa seria y a la vez divertida, capaz de aunar buenas especulaciones en torno a posibles avances científicos con ideas sugerentes respecto a lo que ello puede representar, y todo servido con la necesaria e imprescindible amenidad y con las mejores técnicas narrativas. ¿Qué más se puede pedir cuando uno busca buena literatura a principios del siglo XXI?

Por poner un ejemplo, para mí fue la aportación de Greg Bear la que más me sedujo cuando las «tres B» de la moderna ciencia ficción, Benford, Bear y Brin, se embarcaron en el complejo y arriesgado proyecto de continuar la mítica FUNDACIÓN, de Isaac Asimov, precisamente allí donde éste la había dejado inconclusa: el nacimiento de la nueva ciencia de la psicohistoria de la mano de Hari Seldon.

En su colaboración a la llamada «Segunda Trilogía de la Fundación», fue Greg Bear quien, en FUNDACIÓN Y CAOS (1998, NOVA número 124), aportaba y desarrollaba una de las más sugerentes ideas de esta nueva incursión en el mundo de la Fundación. Cuando Asimov introdujo, en ROBOTS E IMPERIO (1985), la llamada Ley Cero de la Robótica («un robot no debe dañar a la humanidad o, por su inacción, dejar que la humanidad sufra daño»), en realidad desplazaba el objeto de las clásicas Tres Leyes de la Robótica del individuo (el ser humano) a la especie (la humanidad), e introducía un nuevo problema que, pese a su evidencia, sólo formalizó Greg Bear en FUNDACIÓN Y CAOS.

Me explicaré.

Si el objeto de las leyes de la robótica pasa a ser «la humanidad», cabe también la posibilidad de considerar el papel que desempeña el libre albedrío, incluso en esa humanidad tan sobreprotegida por los robots «giskardianos» (por el primer robot telépata Giskard, precisamente el autor

de esa Ley Cero de la Robótica). Defender la necesidad y la capacidad de la humanidad incluso para equivocarse es el papel que, en la acertada visión de Greg Bear en FUNDACIÓN Y CAOS, han de acabar desempeñando los robots «calvinianos» (fieles a las tres primeras leyes de la robótica que defendiera Susan Calvin, la primera robopsicóloga asimoviana).

Debo reconocer que esa sugerencia del enfrentamiento entre robots «giskardianos» y «calvinianos» me pareció, con diferencia, la mejor de las muchas ideas que incorporaba Greg Bear en su aportación a la «Segunda Trilogía de la Fundación»: los posibles «memes» alienígenas, la posible reacción evolutiva de la especie humana ante el exagerado papel protector de robots giskardianos como Daneel R. Olivaw y, en definitiva, la posible respuesta a preguntas claves en torno a la FUNDACIÓN asimoviana: ¿por qué no hay alienígenas en el imperio galáctico de Asimov?, ¿cuál es el papel de robots y ordenadores en ese complejo imperio y en la Fundación que ha de sucederlo?, ¿por qué surge un personaje como el Mulo?

Ésa es la gran riqueza en la narrativa de Greg Bear: junto a una técnica irreprochable, una riqueza de ideas sugerente y asombrosa, ¿qué más se puede pedir?

Y encontramos diversas muestras de todo ello en la obra de un Bear que difícilmente se repite: nos habla de la conciencia y la nanotecnología (REINA DE LOS ÁNGELES), de esa misma nanotecnología asociada a la conquista del espacio (MARTE SE MUEVE), de las consecuencias sociales de la inteligencia artificial asociada a la nanotecnología y a diversas técnicas de psicoterapia ([ALT 47]), de una posible y sorprendente evolución lamarckiana con la herencia de los rasgos adquiridos por los progenitores (LEGADO). Y nos maravilla con la clásica investigación de un extenso y misterioso mundo-universo interminable en un asteroide (EON YETERNIDAD), nos habla de las llaves y los peligros de la inmortalidad (VITALES), o nos sumerge en las complejida-

des del nacimiento de una nueva especie en el seno de la humanidad (LA RADIO DE DARWIN).

Por eso me gustan las novelas de Greg Bear: me entretienen, me divierten y, eso es lo más importante para mí, siempre me sugieren nuevos caminos de reflexión que son, al menos en mi caso, algo que me parece fundamental en la buena ciencia ficción en un mundo tan complejo como el que nos ha tocado vivir.

LA CIUDAD AL FINAL DEL TIEMPO es, como ya he dicho, un retorno de Greg Bear a los temas y las sensaciones de la mejor ciencia ficción. Tras algunos tecnothrillers muy bien recibidos por crítica y público, Greg Bear vuelve a sus orígenes, a la mejor ciencia ficción con ideas brillantes, en este caso en torno a la pregunta acerca de lo que ocurre al final de todas las cosas.

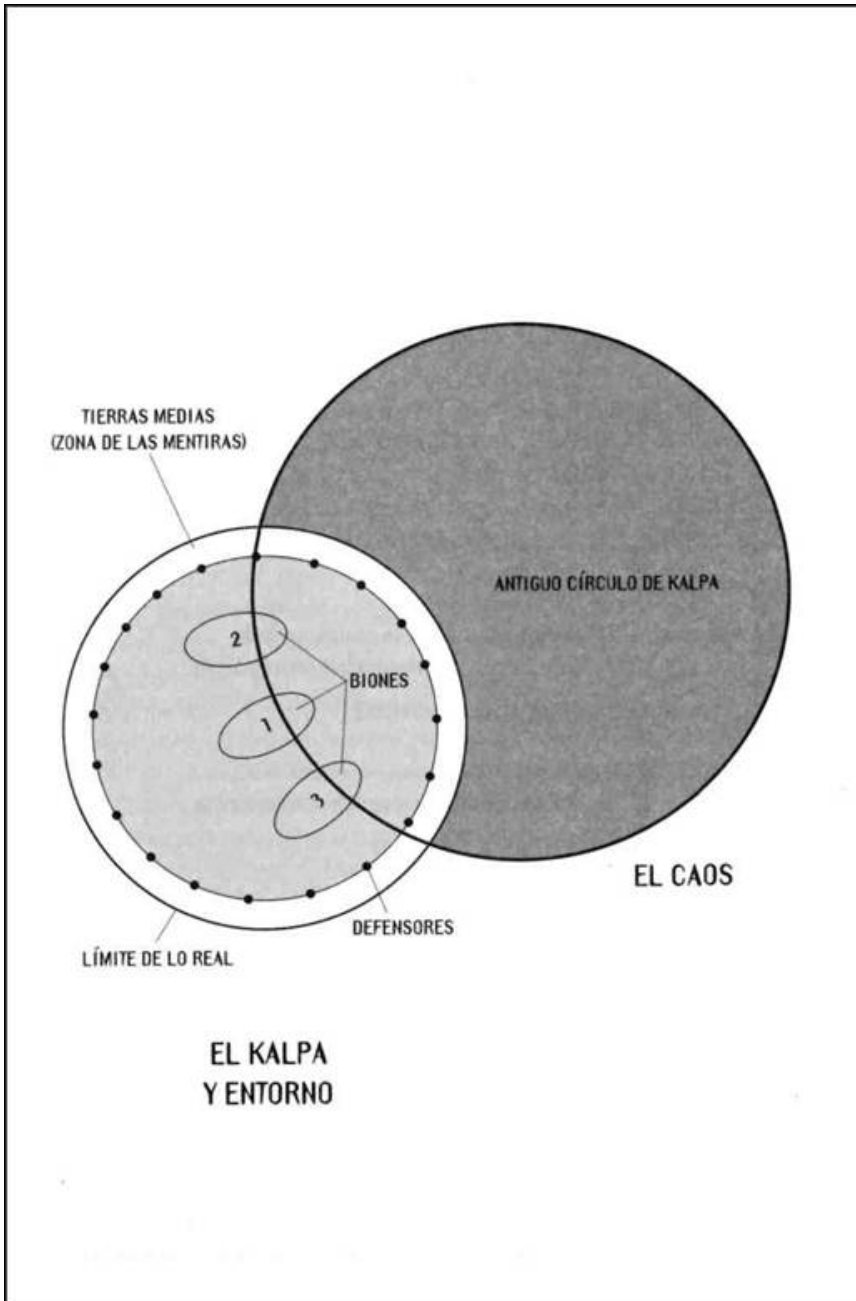
Un billón de años en el futuro, el Kalpa es la «ciudad al final del tiempo», el único reducto de una realidad menguante ante el feroz empuje del caos que representa el Tifón. Allí, el Bibliotecario y sus angelines manejan un tiempo dilatado pero finito en su intento de salvar la realidad. Gracias a unas misteriosas piedras «sumadoras» que actúan como talismanes y establecen extrañas conexiones, dos personajes del Kalpa, Jebrassy y Tiadba, entran en contacto con unos desarraigados habitantes de la actual Seattle. Sin ni siquiera imaginarlo, los incomprendidos soñadores del presente, Ginny, Jack y Daniel, tal vez están llamados a ser los salvadores de un futuro distante y condenado.

La novela resulta compleja, tal vez incluso un tanto esotérica, escrita con un sugerente nivel literario que la crítica ha reconocido y con un nivel de especulación sumamente original. Un trabajo desafiante e imaginativo como sólo la mejor ciencia ficción puede ofrecer.

Para terminar, les transcribo algunos de los comentarios que los críticos han expresado sobre una novela que, evidentemente, les ha sorprendido y satisfecho:

En el influyente Library Journal, Sara Rutter dice que LA CIUDAD AL FINAL DEL TIEMPO: «... sumerge a los lectores en una visceral experiencia de la teoría cosmológica y de la creación de grandes historias de la mitología». Y auguraba: «Este trabajo desafiante e imaginativo recibirá la atención de la crítica». Otros han comparado esta novela con algún clásico de la fantasía moderna como LA TORRE NEGRA, de Stephen King. Así, el comentarista de la web sffworld.com decía: «En algunos niveles, la novela de Bear funciona como las obras de Stephen King (por ejemplo LA TORRE NEGRA), donde un destino final, que desafía el espacio y el tiempo, está en el núcleo o la trama de ambas historias. Donde King centró gran parte de su historia en los elementos fantásticos, Bear intenta aportar un enfoque más científico para la descripción que realiza de un cosmos de amplio alcance. [...] Bear también salpica su novela con elementos del thriller y el horror y con algunos personajes francamente espeluznantes». No es poca cosa, en cuanto a especulación y material novelístico. Que ustedes lo disfruten.

MIQUEL BARCELÓ



Prólogo

Muy profundo es el pozo del pasado. ¿No deberíamos decir que no tiene fondo?

Thomas Mann, José y sus hermanos

Es el Tiempo —se oyó susurrar Alan—. El Tiempo... se va como la marea y nos deja varados.

**C. L. Moore y Henry Kuttner,
La última ciudadela de la Tierra**

Todo lo que sabes es erróneo.

Firesing Theater

El Kalpa

Era peligroso venir a la Torre Rota.

A solas en el límite exterior de una sala vacía de casi un kilómetro de ancho, rodeado por una brutal serie de altos ventanales de cristal, el Custodio Ghentun se cubrió más con la capa para evitar el frío cortante. A sus pies burbujeara una capa de aire, mientras que una fina neblina helada permanecía en el sendero que había seguido desde los ascensores. Esa parte de la ciudad no estaba acostumbrada a los de su clase, a los de su tipo de manifestación física, y no se ajustaba obedientemente a sus necesidades.

Muy rara vez los Sirvientes del Bibliotecario iban hasta allí para reunirse con suplicantes de los niveles inferiores. Esas citas eran casi imposibles de conseguir. Sin embargo, Ghentun había solicitado una audiencia y lo habían convocado.

Los altos ventanales ofrecían una vista panorámica de lo que se encontraba fuera de la ciudad, más allá de las tierras medias y por encima del límite de lo real: el Caos Tifón. En todo el Kalpa, sólo la torre tenía ventanas al exterior: hacía mucho tiempo que el resto de la ciudad se había amurallado para no observar ese panorama imponente y horrible.

Ghentun se acercó al ventanal más cercano y se paró para mirar. Directamente abajo, grandes curvas como proas de barcos parecían dispuestas a saltar a la oscuridad: los últimos biones del Kalpa que contenían todo lo que quedaba de la humanidad. Un estrecho cinturón gris rodeaba esos enormes edificios, y más allá se extendía un anillo negro, ancho y desigual: las tierras medias. Una falange de agujas arquitectónicas que miraban hacia fuera y giraban lentamente, difuminadas como si estuviesen hundidas en agua cenagosa, protegían el anillo y todo lo que contenía. Eran los Defensores, los más externos de los generadores de realidad de la ciudad.

Fuera de su protección, cuatro cráteres llenos de restos —los biones perdidos del Kalpa— desperdigados en una amplia curva que regresaba sobre sí misma, juntándose en la oscuridad a cientos de kilómetros de distancia: el anillo original de la ciudad.

Surgiendo del caos, la masiva orbe del Testigo proyectaba su cañón de luz gris, como un cuchillo, sobre los biones perdidos y las tierras medias, disparando contra los nebulosos Defensores, elevándose como si quisiese agarrar la torre... Demasiado doloroso para mirarlo.

Ghentun apartó los ojos cuando el rayo recorrió la cámara.

Sangmer, el primero en intentar cruzar el Caos, en su momento había ocupado ese mismo lugar, preparando la ruta de su viaje. Algunas vigilias más tarde había descendido de la Torre Rota —incluso entonces llamada Malregard— y con cinco valientes compañeros, todos aventureros filósofos, había partido en esa última empresa.

Nunca más se supo de ellos.

Malregard, efectivamente. «Mala vista». Sintió una presencia a su espalda y se volvió, inclinando la cabeza. El Bibliotecario tenía tal variedad de sirvientes que no sabía qué esperar. Éste —un angelín pequeño, de forma femenina— apenas pasaba de la rodilla de Ghentun, que coloreó su capa de infrarrojo, haciendo que los charcos de aire más cercanos burbujeasen furiosamente y se desvaneciesen. El sirviente también cambió de espectro y luego elevó la temperatura de la cámara hasta que hubo algo de presión.

Ghentun se inclinó para entregarle al angelín un fragmento primordial de tierra, un trozo aplastado de basalto de la Tierra: el pago tradicional por una audiencia. Eran reglas antiguas que no debían olvidarse jamás. Ante la menor descortesía, el Bibliotecario y todos sus sirvientes eran propensos a retirarse para sumirse en un silencio de diez mil años, algo que el Kalpa ya no podía permitirse.

—¿Qué haces aquí, Custodio? —preguntó el angelín—. ¿Ha habido progresos en este lado de lo real?

—Eso debe juzgarlo el Bibliotecario. Toda honra para sus sirvientes.

El angelín se plateó y se congeló: simplemente se detuvo sin ninguna razón que Ghentun pudiese apreciar. Había seguido todas las reglas de la cortesía. Ghentun cambió su capa y plasma a modo lento para poder mantener una comodidad disciplinada. Estaba claro que iba a llevar su tiempo.

Pasaron dos vigilias. Nada cambió a su alrededor, excepto que desde el Caos el rayo gris, como un cuchillo del Testigo, recorrió tres veces la cámara.

Finalmente el angelín aclaró su capa plateada y dijo:

—El Bibliotecario te recibirá. Habrá una cita disponible en menos de mil años. Transmite dicha información a tus sucesores.

—No tendré sucesores —repuso Ghentun.

La reacción del angelín se produjo con sorprendente rapidez.

—¿El experimento ha terminado?

—No. La ciudad.

—Hemos estado desconectados. Explícate.

—No disponemos del lujo del tiempo —dijo Ghentun con aspereza—. Hay que tomar decisiones. Pronto.

El angelín se expandió y se volvió transparente. «Pronto» podía interpretarse como una afrenta a cualquier Eidolon, pero especialmente a un sirviente del Bibliotecario. Resultaba difícil creer que tales seres todavía reclamasen el honor de la humanidad, pero así era.

—Explícame lo que puedas sin negar el privilegio del Bibliotecario —pidió.

—Hay resultados inquietantes. Podría haber presagios. El Kalpa es el último refugio de la vieja realidad, pero nuestra influencia es muy reducida. Como el Bibliotecario ya anticipó, la historia podría estar corroyéndose.

—El Bibliotecario no lo tenía previsto. Todo es permutación.

—Sin duda —dijo Ghentun—. Aun así, las líneas del mundo están siendo cortadas y empalmadas de forma no natural. Otras pueden haberse disuelto. Es posible que ya se hayan perdido segmentos completos de la historia.

—¿El Caos ha retrocedido en el tiempo?

—Algo así sienten algunos miembros de la progenie antigua. Son nuestros indicadores, como así se les diseñó.

Intrigado, el angelín se redujo y se solidificó.

—Canarios en la mina de carbón —dijo.

Ghentun no sabía qué eran los canarios y sólo comprendió vagamente lo de la mina de carbón.

—¿Algunos miembros de la progenie antigua experimentaban sueños poco habituales? —preguntó el angelín.

Ghentun cerró más la capa.

—He revelado todo lo que puedo, todo el honor para el Bibliotecario. El resto de mi informe deberá ser comunicado en persona... Como está establecido.

—Desde Malregard observamos cómo vuestras progenes cruzan el límite de lo real, violando las leyes de la ciudad. Parecen decididos a perderse en el Caos. No hemos visto volver a ninguno. ¿Tu informe admite el fracaso?

Ghentun sopesó cuidadosamente su situación.

—Por naturaleza, son gente sensible y decidida. Mi humildad frente a los Eidolones... Dejo esas observaciones a vuestro grupo y busco la crítica del Bibliotecario, si es precisa, directamente.

Otra larga pausa.

El rayo gris del Testigo volvió a recorrer la cámara. Al pasar a través del angelín, Ghentun observó un entramado de procesos internos: la muy refinada estructura enjovada de materia noötica de grado zafiro. El angelín osciló frente a la cara de Ghentun. Sus labios no se movieron pero su burbuja de frío se estremeció.

—Induce a un individuo afectado por esos sueños para que te acompañe a la Torre Rota.

—¿Cuándo?

—Se te notificará.

Ghentun sintió el estremecimiento de la frustración.

—¿Comprendéis la premura? —preguntó.

—No —dijo el angelín—. Puedes quedarte y explicármelo a mí o ejecutar esas instrucciones. Dentro de setenta y cinco años habrá una entrevista con el Bibliotecario. ¿Es lo suficientemente *pronto*?

—Tendrá que serlo.

—Que la paz y las permutaciones sean contigo, Custodio.

El angelín salió de prisa, dejando un rastro de vectores plateados que rápidamente confluyeron y desaparecieron. En su época, un sendero de vectores de un angelín había sido una visión gloriosa. Ahora resultaba tenue y angosto.

Destinos reducidos, caminos más estrechos.

Ghentun cogió la capa y partió de Malregard. No había respondido a la pregunta del angelín sobre los sueños porque precisaba retener todo cuanto fuese posible para revelarlo sólo más tarde a la mente central del Bibliotecario en persona, al menos eso esperaba fervientemente. En cualquier caso, su nivel de optimismo sobre esa empresa no había sido demasiado alto.

El final de toda la historia, de todo lo que era humano y loable —consumido por la locura maligna del Caos que se había manifestado durante eras—, les había alcanzado.

Después de cien billones de años, era probable que fuese imposible salvar el Kalpa.